

VI

LA CRISTIANDAD MÁS ALLÁ DE OCCIDENTE

Esther González Crespo

Entre los siglos XI y XII se inicia en el Occidente europeo una etapa que será el prólogo hacia una Edad Media «adulta o madura», según expresión de Robert Fossier. Para este autor, se iniciaba el «siglo del gran progreso», donde la civilización occidental despertaba. Un despertar que se observaba en el aumento demográfico, en la ampliación de la superficie de cultivo (mediante las grandes roturaciones), en la reactivación y creación de centros urbanos, en el desarrollo del sistema feudal, en la aparición de nuevos Estados... y, además, en la cristalización de una sociedad cristiana bajo la tutela intelectual de la iglesia de Roma. No es casual que Raúl Glaber escribiera su famosa frase «El mundo se sacudió entonces el polvo de sus viejos indumentos, y la tierra se cubrió de una blanca túnica de iglesias». Unas palabras que expresaban perfectamente la realidad de lo existente y de lo que estaba por llegar. El cristianismo era en esa fecha el corazón de Europa. Ésta, constituida como cristiandad, estaba a su vez dividida en latinos al oeste y en griegos al este. Existían dos Imperios y un número concreto de reinos antiguos y nuevos. Unos, integrados por cristianos de larga tradición, junto a otros, configurados por gentes de reciente conversión. Los «antiguos» habían surgido en territorios del viejo solar imperial. Los nuevos Estados, de creación más tardía, se extenderían por territorios en torno al mar Báltico y por amplios espacios del centro y este europeos.

1. EL ESTABLECIMIENTO DE NUEVAS IGLESIAS

En el ámbito de las realizaciones políticas una serie de condiciones capacitaron a nuevas dinastías a crear nuevos Estados. Para la cristiandad occidental, dichas condiciones eran reminiscencia de las segundas invasiones y de la desarticulación del Imperio carolingio, pero también se debían a los impulsos creadores de la nueva restauración imperial y del pontificado. Para estos países, el cristianismo fue el mejor vehículo para canalizar su integración en el concierto de los Estados occidentales. Las jóvenes naciones, desde sus inicios hasta su plena formación, pasaron por una serie de fases que fueron las mismas para todas. Primero, un impulso evangelizador principalmente por iniciativa germana. Más adelante, la organización de su «iglesia nacional». Algo de la mayor importancia, porque los propios monarcas, deseosos de ser admitidos en la civilización occidental (hacia la cual se inclinaban más a medida que la conocían mejor), pusieron gran empeño en lograr la conversión de sus súbditos y en crear sedes episcopales propias y autónomas. Conversión y devoción que se pondrían de relieve en el culto a sus santos nacionales —reyes en su mayoría—: Olaf en Noruega, Canuto en Dinamarca, Eric en Suecia, Wenceslao en Bohemia o Esteban en Hungría.

Por su parte, la cristiandad oriental, haciendo frente al islam y superando la crisis iconoclasta, también hacía posible las condiciones imprescindibles para la integración de nuevos pueblos en su civilización. En este caso, los pueblos eran de origen eslavo, a excepción de los búlgaros.

1.1. *La evangelización en el siglo X entre nórdicos y eslavos*

La cristianización de los pueblos nórdicos o escandinavos fue una labor bastante difícil, que se explica por dos factores íntimamente ligados entre sí: una situación geográfica periférica, que determinaría su aislamiento de los grandes acontecimientos que afectaron a los otros pueblos del continente, y, en segundo lugar, un paganismo pertinaz, favorecido por unas estructuras cerradas, que también les alejaría de las influencias políticas, religiosas y culturales de la Europa de ese tiempo. La llegada del cristianismo a sus fronteras por medio de las misiones enviadas por los monarcas carolingios, en la primera mitad del siglo IX, apenas tuvo éxito, entre otras razones porque se produjo una fuerte radicalización de sus antiguas creencias paganas, y por consiguiente un gran rechazo a la nueva fe. En

principio, la expansión normanda fue un freno para la predicación del Evangelio, pero más tarde el propio movimiento vikingo fue abriendo caminos en este sentido, pues se romperían sus estructuras y, por ende, los cimientos de su paganismo, al tiempo que el contacto de los colonos normandos con la población indígena cristiana constituyó una excelente vía para la penetración del Evangelio.

En este tiempo los pueblos de Escandinavia (noruegos y suecos) y de Jutlandia (daneses) irán evolucionando lo suficiente como para convertirse en sociedades feudales semejantes a las occidentales, aunque conservando siempre su propia especificidad. Uno de los factores decisivos en dicha evolución, sin duda, fue su conversión al cristianismo. Un factor que les facilitaría el camino para su integración en el conjunto de los reinos occidentales, a pesar de que, en el siglo XII, todavía no habían sido totalmente borradas algunas pervivencias paganas. Pues bien, los reyes normandos, una vez integrados en la cristiandad occidental, colaboraron activamente a lograr la conversión de todos sus súbditos. De ahí que, antes del año 1000, misioneros germanos ya habían recorrido Dinamarca y, poco después, penetrado en Noruega y Suecia, donde surgieron las llamadas *iglesias jóvenes*, que se integraron, primero, en las grandes sedes metropolitanas alemanas de Bremen, Magdeburgo y Hamburgo, hasta la creación de sus propias sedes episcopales nacionales de Lund (Dinamarca), Nidaros (Noruega) y Uppsala (Suecia). Estas últimas articularon, muy pronto, su propia vida eclesial bajo la atenta mirada de Roma.

Dinamarca, el país más pequeño en extensión, era, sin embargo, el de mayor población y, asimismo, el más abierto a las influencias de sus vecinos. Por eso, su evolución hacia los modelos occidentales se hizo con mayor rapidez. La cristianización fue iniciada por Svend I, el de la Barba Partida (985-1014), y completada por su hijo y sucesor Canuto el Grande (1014-1035). Ambos impulsaron la evangelización sirviéndose específicamente de monjes anglosajones, que extendieron, junto con la nueva fe, otras importantes influencias políticas, sociales, económicas, culturales... de Occidente. Noruega, menos evolucionado que el anterior, inició la expansión cristiana con la figura de Olaf I, que, en torno al año 1000, representó el primer intento serio de difundir la nueva religión. En cuanto a Suecia, los orígenes de su conversión fueron más tardíos y difíciles por estar más aferrada a sus viejas tradiciones y por mantener un paganismo persistente, que se prolongaría todavía mucho tiempo.

En el centro de Europa surgieron tres nuevos Estados: Polonia, Bohemia y Hungría. El Imperio germánico, por conveniencia, controló el desenvolvimiento de los dos primeros, ante la necesidad de apoyo en su enfrentamiento con el Papado. Junto a estos países eslavos, los húngaros o magiares, tras debatirse entre los dos imperios, también consolidaron su posición como nuevo Estado occidental contribuyendo a la defensa de esta civilización ante la amenaza de otros pueblos de las estepas asiáticas.

Polonia, gracias a su aislamiento y al proceso de unificación llevado a cabo por la familia Piast, surgió en el siglo X como una entidad propia en la frontera oriental del Imperio. En el año 966 afirmó su constitución frente a los Otónidas con la conversión al cristianismo de Mieszko I (960-992) y el establecimiento de la primera sede en Poznan (Posen), vinculada directamente a Roma. Boleslav I (992-1025), verdadero organizador de Polonia, fundó en la Pomerania oriental el obispado de Kolobrzeg. Sin embargo, pese a su empeño, los intentos de cristianización en este territorio se verían frustrados por el asesinato de Adalberto de Praga (997). Los restos de éste fueron enterrados en Gniezno (Gnesen), primera capital polaca que, poco después, en el año 1000, con avuda imperial, sería elevada a metropolitana, integrándose bajo su jurisdicción las nuevas sedes de Kolobrzeg, Cracovia, Wroclaw (Breslau) y Poznan.

En cuanto a Bohemia, su posición geográfica, defendida por una barrera montañosa, constituyó su eje de fuerza. La familia checa Premysle, que dominaba el centro del país, reafirmó la realeza en su favor, tras salvar una serie de dificultades externas, que superó apoyándose en el Sacro Imperio. Las relaciones con éste fueron más o menos estrechas, según los intereses y circunstancias de ambos protagonistas, y de ellas derivaría una progresiva influencia germana en Bohemia, a la vez que una gradual integración de ésta en el Imperio. Dos factores que fueron esenciales para que este pueblo eslavo culminase su aspiración de convertirse en un reino integrado en la civilización cristiana occidental. Los últimos duques premyslidas del siglo X mantuvieron y afianzaron el cristianismo, estimulando la convivencia de las dos formas de liturgia introducidas en el país, aunque promoviendo al mismo tiempo la creación de una diócesis propia que dependiera de Roma.

Hungría, fluctuando entre Oriente y Occidente, optará por este último como resultado de la simbiosis de elementos nómadas e influencias germanas, eslavas y latinas. A ello también contribuyó que su centro de gravedad se situó no en la zona de las estepas, sino al

oeste del Danubio, siendo inevitable que basculara hacia la cristianidad romana y que colaborara con ella para ser baluarte frente a nuevas presiones de pueblos orientales. Esteban I el Santo (997-1038) convirtió Hungría en reino cristiano occidental con bases suficientemente asentadas para que no sucumbiera ante la crisis que se originó a su muerte. Su legislación promovió la construcción de iglesias y estimuló la observancia de numerosas prácticas cristianas, que tuvieron una profunda proyección a largo plazo.

1.2. *La conversión de la Rusia de Kiev*

El gran espacio ruso, poblado por tribus de eslavos orientales, aparece sin límites muy precisos. A finales del siglo X alcanzaba el mar Báltico por el norte y se abría, por el sur, hacia la gran llanura esteparia. En este marco geográfico, Rusia se irá convirtiendo en una de las áreas mercantiles más activas de Europa, articulándose a través de una gran vía que unía el golfo de Finlandia con el mar Negro, en la que sobresalían las ciudades de Novgorod al norte y Kiev al sur.

Muy pronto Kiev, bajo la dirección de los Rurikovich, de origen escandinavo, se convirtió en un importante centro comercial, que gozaba de una serie de ventajas y privilegios para traficar con el Imperio bizantino. Dichas relaciones comerciales fueron facilitando los contactos religiosos y culturales entre ambos pueblos. De forma que el primer Estado ruso fue el resultado de la conjunción de influencias normandas y bizantinas sobre una base eslava. Las actuaciones de los primeros se desarrollaron en la vida urbana y en el comercio; las de los segundos, en lo cultural a través de lo religioso. El cristianismo, al igual que en el resto de los países eslavos, fue un elemento esencial para la incorporación de Rusia al conjunto de los Estados europeos, pero su vinculación a la ortodoxia bizantina la apartaría poco a poco de Occidente.

La evangelización de Rusia fue la gran obra de la iglesia griega. Una misión que comenzó a mediados del siglo IX, aunque todavía con escasa incidencia. Un siglo después, con la conversión de la princesa Olga (955) y el bautismo de uno de sus descendientes, Vladimir (988), se iniciaría la verdadera etapa cristiana. Ambos fueron canonizados y convertidos en los primeros santos rusos, siendo venerados como «príncipes *isapostoloi*» (iguales a los apóstoles), por abrir el camino de la reconciliación del pueblo ruso con Dios. Por otro lado, el bautismo de Vladimir y su pueblo era la condición que el emperador de Bizancio le había impuesto para que pudiera casar-

se con su hermana, Ana Porfirogéneta. Una concesión que la nobilísima dinastía griega nunca había hecho hasta entonces a un monarca extranjero. Con esta unión, la dinastía de los Rurik alcanzó gran prestigio entre los reyes europeos, pero mucho más decisivo que el enlace fue lo que éste llevaba aparejado: la aceptación del cristianismo ortodoxo. Es decir, el comienzo de una nueva etapa para Rusia, que quedó sometida a la dirección espiritual y al desarrollo cultural del viejo Imperio. Un hecho de trascendentales consecuencias para el futuro cultural del mundo eslavo-oriental y para Bizancio un inmenso triunfo, pues extendía su influencia de forma insospechada, al tiempo que apaciguaba a este indómito vecino, cuya extensión sobrepasaba con creces la suya.

A la difusión de la fe por el gran territorio, contribuyeron presbíteros griegos y búlgaros. Estos últimos jugaron un papel destacado en la introducción de la liturgia eslava y, asimismo, en la eslavización de la minoría rectora, de origen normando, en un proceso parecido al ocurrido con anterioridad en Bulgaria. De forma que la iglesia rusa fue una copia de la ortodoxa en lo relativo al dogma, culto, derecho u organización. A estas notas habría que añadir muy pronto su *estatus de privilegio*, ya que, para los príncipes, la cristianización representó, en buena medida, un vehículo de acción política, al disponer de una jerarquía y unas instituciones eclesiásticas que los apoyaban en sus empresas. De ahí que a la iglesia, además de los deberes propios, se le encomendaran ciertos asuntos de la vida jurídica y de la administración pública.

Vladimir mandó construir un templo dedicado a María, madre de Dios, al que dotó con la décima parte de sus ingresos; aceptó al griego Anastasio como obispo de Kiev, y mantuvo estrechas relaciones con Constantinopla. Su obra podría considerarse como el triunfo de la unificación política y espiritual, pero, a su muerte, los enfrentamientos entre sus hijos amenazarían su labor. Las luchas fratricidas, salvo escasas excepciones, serán en adelante una constante en este primer Estado ruso. Otros rasgos distintivos serán la expansión hacia el nordeste y la creciente influencia de Bizancio.

1.3. *Las nuevas cristiandades y las pugnas Papado-Patriarcado de Constantinopla*

En la Europa nórdica, en Dinamarca, durante la segunda mitad del siglo XI, se fundarán numerosas iglesias y monasterios para seguir impulsando la fe cristiana. Canuto el Santo (1080-1086) supo acer-

carse a Roma y apoyar con fuerza las instituciones eclesiásticas de su país. Emulando a su homónimo y antecesor Canuto el Grande, intentó desembarcar en Inglaterra. La empresa le costaría la vida, pues, para llevar adelante el proyecto, impuso una pesada carga tributaria que provocaría la sublevación del sur de Jutlandia y su propio asesinato en la iglesia de San Albano, en Odense. Muerte que, al interpretarse como martirio, le llevaría a los altares en 1101, convirtiéndose en el santo nacional por excelencia. Con este último rey Dinamarca disfrutó de una etapa pacífica que la Iglesia supo aprovechar para crear unas excelentes bases jurisdiccionales y socio-económicas. Así, en el año 1103, la sede de Lund en Escania, al sur de Suecia, fue elevada a metrópoli escandinava, con lo que la iglesia danesa se desvinculó para siempre de la tutela germana. Una autonomía que extendería poco después a los otros países nórdicos.

Desde mediados del siglo XII se inaugura una fase de esplendor, que los estudiosos denominan *siglo de los Waldemaros*, donde se acelera el desarrollo danés en todos los ámbitos. De este tiempo son los *Gesta Danorum*, de marcado acento francés, escritos bajo la influencia de Absalón, arzobispo de Lund. Este eclesiástico, consejero del monarca, actuó como verdadero artífice de la política de su tiempo, favoreciendo las relaciones de la realeza con la Iglesia. Por su inspiración, Waldemar I mantuvo una doble actuación respecto al Sacro Imperio. De un lado, apoyó a Federico I en el enfrentamiento que éste sostuvo con el papa Alejandro III, pretendiendo, con su actitud proimperial, consolidar la occidentalización de su reino, y por otra parte, construyó un gran número de fortalezas por todo el país para protegerlo de los acosos expansivos de los alemanes. Precisamente de una de estas edificaciones, en 1169, surgió Copenhague, la nueva capital.

El siglo XIII abre con brillantez el *segundo Imperio nórdico*. Fueron años de máxima expansión por Livonia, Estonia y el golfo de Finlandia, a la que sin duda también contribuyeron las acciones colonizadoras de los monjes cistercienses. Dinamarca se convirtió otra vez en la primera potencia del Báltico, pero esta situación duraría poco tiempo. Los daneses se vieron obligados a abandonar sus planes expansionistas por los intereses de una nobleza feudalizada, de una iglesia enriquecida y debilitada, así como por los afanes hegemónicos germanos, representados por las ciudades hanseáticas y, especialmente, por la Orden Teutónica, que activa la expansión alemana hacia el este (*Drang nach Osten*). A partir de entonces, Dina-

marca tendrá que rivalizar con ellos como firmes aspirantes a dominar el Báltico oriental.

Efectivamente, en el siglo XIII, bajo el estímulo de reducir el paganismo, la progresión germana avanzó por el Báltico oriental, sentando los cimientos de la futura Prusia. En el año 1226 el duque polaco Conrado de Mazovia, no pudiendo reprimir una revuelta general de los prusianos, solicitó ayuda a los caballeros teutónicos, que se embarcaron en una nueva cruzada contra los infieles. La costa oriental, hasta Finlandia, fue abierta a las misiones de la Iglesia, a los nobles y pobladores urbanos, que fueron los principales agentes de colonización. Es la época de la fundación de ciudades: Thorn, Kulm, Marienburg, Elgbing, Memel, Königsberg... La fuerza y el auge obtenidos por la Orden hicieron concebir los ambiciosos planes de ensanchar sus dominios mediante una nueva cruzada contra los cismáticos ortodoxos del norte de Rusia. Un objetivo que les conduciría a una seria derrota junto al lago Peipus (1242) a manos de Alexander Nevski, príncipe de Novgorod, que cerraría definitivamente su expansión por Rusia.

Por su parte, en Noruega, Olaf II el Santo (1016-1028) estableció para el cristianismo unas sólidas bases que se fueron completando a lo largo de esta centuria con sus descendientes. La influencia de la iglesia nacional en las estructuras del reino fue extraordinaria. De hecho, el alto clero pretendió intervenir en la elección del monarca. Algo que consiguió más tarde, al consolidar su posición con la creación del obispado de Nidaros (Trondheim). A finales del siglo XII Sverre (1184-1202) supo mantener una monarquía fuerte con apoyo de los pequeños propietarios frente a la aristocracia y al clero. Fue un breve paréntesis, pues ambas fuerzas continuaron debatiendo, unas veces buscando la reconciliación, otras imponiéndose la una a la otra. Sin embargo, a mediados del siglo XIII, el progreso del poder monárquico quedaría sellado al ser coronado, en 1247, por vez primera, un monarca noruego por un legado pontificio. Con esas bases, Noruega se orientó hacia una política expansiva por los archipiélagos del Atlántico norte (Orcadas-Shetland-Feroe), por Islandia en 1261, y un año después por Groenlandia. A partir de ese momento Noruega se situó a la altura de Dinamarca, enfrentándose a los mismos problemas que ella. Desde el punto de vista eclesiástico, habría de solventar fuertes agitaciones internas que tendrían como protagonistas principales a la alta nobleza y al episcopado.

Por último, en Suecia, su resistencia a la implantación del cristianismo cedió gracias a la acción misionera de los cistercienses. He-

chos destacados de la Iglesia en este Estado serán las fundaciones de varias sedes episcopales, entre las que destacaría Upsala (1163). La creación de este arzobispado puso de manifiesto la organización y la autoridad de la Iglesia y, asimismo, el desplazamiento del centro neurálgico del reino hacia el sur. Se abrió entonces un largo período de anarquía (1150-1250) entre el reinado de Eric IX el Santo —impulsor de una cruzada en Finlandia, primera acción expansiva de Suecia— y el de Sverker II (1196-1250). Con éste, el papel de la iglesia nacional sueca se afianzará hasta el punto de jugar, al igual que en los otros países escandinavos, un protagonismo considerable ante la debilidad del poder real.

Respecto al centro de Europa, la reunificación de los eslavos por medio de las campañas realizadas por Boleslav I de Polonia parecía un éxito y sin embargo, a su muerte, las luchas internas por el poder hicieron acto de presencia y allanaron la contraofensiva de los Estados vecinos: san Esteban recuperó Eslovaquia; Bratislav de Bohemia, Moravia; Yaroslav de Rusia, Rutenia, y Canuto el Grande de Dinamarca incorporó Pomerania a su *Imperio*. Este retroceso territorial, unido a conflictos dinásticos, conduciría a una insurrección general, que se manifestó en levantamientos campesinos, enfrentamientos entre cristianos latinos y ortodoxos, quema de monasterios y matanzas de clérigos por parte de los sectores paganos... Polonia se hallaba al borde de la desintegración, y si ésta no se produjo, fue gracias a la intervención del Imperio. Por ello tuvieron que pagar un alto precio, hasta que apoyaron a Gregorio VII para contrarrestar la influencia alemana y sacudir su tutela, aprovechando el gran conflicto Imperio-Pontificado. El siglo XII se abrió de nuevo con la guerra civil sin poder evitar las disputas dinásticas. De nuevo Polonia se vio lanzada a la división en principados independientes, algunos de los cuales acabarían desapareciendo en medio de la fuerte progresión alemana hacia el este, que sería responsable de cortar su acceso al mar. El ataque mongol de 1241 asolará el país y su consecuencia más importante será la solicitud de ayuda a colonos alemanes para roturar y colonizar nuevos territorios y para activar la economía de ámbito urbano. Después de dos siglos de anarquía feudal y de continuas agresiones de los países vecinos, Polonia tendría que encaminar sus esfuerzos a reunificar los diferentes principados y a asegurar su poder real, en medio de las aspiraciones de las jerarquías aristocrática y eclesiástica.

Aprovechando el período de anarquía polaca, Bohemia, a principios del siglo XI, extendió su influencia sobre Moravia y Silesia.

Momento expansivo que fue utilizado por el arzobispo de Praga para constituirse en cabeza de la iglesia eslava. La intervención militar del emperador Enrique III —al que no le interesaba que el frustrado proyecto de paneslavismo polaco fuera realizado ahora por Bohemia— fue contundente: obligó a ésta a devolver sus conquistas y, lo más importante, a renunciar a convertir el país en un reino.

Más tarde, por el contrario, apoyando a Enrique IV contra el Pontificado, obtendría del emperador el reconocimiento personal de la dignidad real en el año 1086. A partir de ese momento, Bohemia se convertirá en un elemento esencial al servicio del Imperio, participando en sus asuntos y reafirmando su inclinación al este, al tiempo que utilizará su mediación arbitral para resolver sus continuas disputas internas. En el siglo XII continuará apoyando al Imperio y, a cambio de su fidelidad, éste impulsará el afianzamiento monárquico, de forma que en el siglo XIII se producirá una etapa de expansión, prosperidad y hegemonía que será clave para la aparición de la *Gran Bohemia* con la figura de Ottokar I. A mediados de siglo, aprovechando el gran interregno del Sacro Imperio, Bohemia se convertirá en la primera fuerza política del centro de Europa con la figura de Ottokar II, el cual extenderá su influencia sobre los feudos imperiales de Austria, Estiria, Carintia y Carniola. A ellos unirá Silesia, Lusacia y Eslovaquia, en función de la debilidad de los polacos y húngaros.

Bajo Ladislao el Santo (1077-1095) y Colomán I (1095-1116), la iglesia húngara experimentó un segundo florecimiento y, en el siglo XII, culminó su unión con el movimiento de reforma gregoriana. Por tanto, Hungría, al contrario que Bohemia, se sacudió toda idea de vasallaje al Imperio germano y apoyó al Pontificado. Rechazó los ataques de pechenegos y cumanos y extendió sus fronteras a tierras de Croacia y Bosnia, donde fundó el obispado de Zagreb. La vinculación de Croacia al reino húngaro, por obra de Colomán I, se prolongaría tres siglos y significó el inicio de su occidentalización, pero también el principio de las rivalidades con Serbia. La unidad religiosa en Croacia no se había conseguido y el gran cisma de 1054 había profundizado todavía más las diferencias entre los sectores pro-ortodoxo y pro-latino. El triunfo de este último sellaría la ruptura definitiva con los otros eslavos del sur. La influencia de Occidente se haría patente en multitud de aspectos, especialmente en el ámbito religioso con la penetración del Císter (Zircz, Egres, Pilis), que impulsaría grandemente la espiritualidad de estos pueblos. Pero no todo fue beneficioso, pues, como contrapartida a dichas innovacio-

nes, la penetración del feudalismo significó un fortalecimiento de los cuadros nobiliarios (1222) y del estamento eclesiástico (1231), que cobraron una fuerza extraordinaria en el siglo XIII.

En esa centuria se produjo la invasión mongola. Consciente de dicha amenaza, Hungría fortificó sus fronteras, mediante la creación de marcas defensivas, y aceptó la instalación de los cumanos —bajo la condición de su conversión al cristianismo— entre el Danubio y el Tisza, con la intención de utilizarlos como barrera defensiva contra los invasores. Las tensiones nobiliarias frustraron dicho asentamiento y los cumanos optaron por marcharse hacia Bulgaria, privando a Hungría de una preciosa ayuda ante la inminente irrupción tártara. Ésta se efectuó, según los hábitos de este pueblo, a través de un ataque simultáneo en dos frentes: uno que penetró por Polonia, derrotando a un ejército conjunto de polacos y teutónicos en Liegnitz (1241), y otro al mando de Batu, que atacó Hungría aniquilando a su ejército junto al río Sajó, dos días después. El país fue ocupado e incorporado momentáneamente al Imperio asiático. A partir de 1242 nuevas bandas mongolas volvieron a efectuar incursiones, pero nunca como en la etapa anterior. Desde luego, la muerte de Ogodei salvó realmente a Europa occidental, puesto que ésta no estaba preparada para combatir a una fuerza tan poderosa, máxime cuando, a pesar de sus terribles acciones devastadoras, los occidentales seguían obsesionados en continuar la pugna Papado-Imperio.

En este período histórico, además de estos países centrales, en la península Balcánica otros pueblos eslavos también lograrían su integración en Europa: eslovenos, croatas y serbios. Junto a ellos un pueblo eslavizado: los búlgaros. Los dos primeros quedarían integrados en la órbita de la fe occidental; los otros dos, en la oriental. Estos eslavos del sur se caracterizaron sobre todo por su gran complejidad política y religiosa, derivada de su propia evolución interna y de la intervención de los Estados vecinos —Hungría y Bizancio—, política y militarmente mejor organizados. El último, según las etapas de reafirmación o de crisis, verá aumentar o disminuir su influencia sobre ellos. Hungría, por su acción expansiva en la zona, se convertirá en una cuña que separará a estos eslavos de los del resto de Europa.

El arzobispado de Salzburgo fue quien llevó a cabo la evangelización del territorio esloveno y, a su amparo, diversas familias germanas, establecidas en Carintia y Carniola, lograron que la ciudad de Ljubljana se convirtiera en paso obligado para el tráfico comer-

cial entre el Danubio y el Adriático, con lo que acabaron por dominar la zona e incorporarla al ámbito de su influencia.

Hacia el año 1000 Dalmacia, sometida a Venecia y después a la autoridad de Bizancio, pasó a unirse a Croacia bajo la autoridad de Kressimir IV (1068-1074). Éste logró la reunificación de todas las tierras, incluidas las islas, y consiguió imponer una administración común, pero no logró resolver la difícil cuestión religiosa. Geográficamente, el Estado croata se había levantado en la confluencia de las dos iglesias, latina y griega, representadas por los obispados de Split y Nin respectivamente. La lucha era antigua, pero ahora se replanteaba de forma más violenta debido al cisma de 1054. Con Dimitri Zvonimir (1076-1089) triunfó el partido latino. Gregorio VII, a cambio de su fidelidad y de una importante contribución anual, le remitió las insignias reales. Sin embargo, firmemente ligado a Roma, no tardaría en ser anexionado por Hungría. El rey Colomán I unió dinásticamente Croacia y Hungría. La unión convirtió a la primera en una marca defensiva de la segunda frente a Bizancio y también frente a los otros pueblos balcánicos. Además, selló el triunfo del movimiento occidentalista en Croacia y su definitiva separación de los eslavos del sur.

Por lo que respecta a Serbia, la muerte del emperador Basilio II, en 1025, fue el momento favorable para que este pueblo recuperara su libertad y se sacudiera el dominio bizantino. Bajo una misma autoridad, se unieron los territorios de Zeta (Montenegro) y las tierras eslavas de Hum (Bosnia) y de Rascia (Serbia), aunque dicha unión no duraría mucho tiempo, debido a los propios enfrentamientos internos, a la presión de los húngaros y, sobre todo, a la reacción de los bizantinos con Manuel Comneno. A la muerte de este último, cuando se iniciaba para Bizancio otra época de crisis, los serbios, con Esteban Nemanya (1168-1196), avanzaron de nuevo hacia la unidad interna, mediante la adopción definitiva de la fe ortodoxa y la expansión de los bogomilitas. Una vez reorganizados el Estado y la Iglesia, el monarca serbio entregó la sucesión a sus hijos mayores y se retiró con el menor, Rastko (el futuro san Savas), a un monasterio del monte Athos. Su hijo, Esteban II (1196-1223), con el beneplácito de Honorio III, fue coronado rey en 1217. San Savas, temeroso de la influencia de Roma, logró que la iglesia griega le nombrara primado de toda la cristiandad serbia, restableciendo así la influencia oriental. San Savas se presentó como continuador y defensor de la iglesia oriental en el momento en que los occidentales habían creado el Imperio latino en Cons-

tantinopla. Es más, propugnando la alianza Iglesia-Estado, fortaleció el espíritu de unidad nacional y la iglesia serbia se convirtió en la más sólida defensora del Estado de los Nemanya. Una iglesia que, separada de Constantinopla, vivió al principio en buena armonía con Roma.

Por último, Bulgaria iniciaba el segundo milenio de nuestra era sucumbiendo ante Bizancio y pasando a formar parte de él durante más de ciento cincuenta años. En este período el país estuvo sometido a la influencia imperial, a la presión de pechenegos y cumanos, y a la herejía bogomilita, que a pesar de las persecuciones llevadas a cabo por Constantinopla siguió extendiéndose. El bogomilismo, bajo la dirección de una buena parte del clero, se convirtió en una especie de oposición frente a la iglesia griega. Sin embargo, la caída del primer Imperio búlgaro no significó su fin. El espíritu de independencia de este pueblo se manifestó de forma ininterrumpida en rebeliones: Delián, 1040; Vóitej y Vodín, 1072; Néstor, 1074; Leka y Dobromir, 1078... y la definitiva de 1185 de Pétrar y Asén. Con ellos se inició el segundo Imperio búlgaro, con capital en Tárnovo. En época de Iván Asén II (1218-1241) este Imperio alcanzó su apogeo, volviendo a ocupar las fronteras que había tenido en los gloriosos reinados de Simeón y Samuel, y pasando a ser la máxima potencia de la península Balcánica. Este ensanchamiento territorial tuvo repercusiones muy significativas en lo cultural y espiritual. Tárnovo se alzó como patriarcado búlgaro, adquirió un extraordinario prestigio entre los eslavos y se convirtió en el centro del mundo eslavo-oriental. A la vez puso de manifiesto la posibilidad de llegar a ser una formación política capaz de cohesionar y organizar al mundo balcánico frente a la expansión de Occidente. Sin embargo, dicha posibilidad no llegó a cristalizar y, a partir de la segunda mitad del siglo XIII, se iniciaría su declive definitivo.

Respecto al Estado ruso, Yaroslav (1019-1054), uno de los hijos de Vladimir I, hasta conseguir consolidarse en el trono, tendrá que sostener una serie de guerras contra sus numerosos hermanos, enfrentados a su vez entre sí. Pero, tras conseguir dominar todo el país, se convirtió en el único gobernante y en el príncipe más importante de este primer Estado ruso. Con apoyo normando, siguiendo su antigua trayectoria, Yaroslav emprenderá la última gran expedición contra Constantinopla en 1043. A partir de esa fecha, el enfrentamiento con el Imperio de Oriente tocará a su fin y el proceso de bizantinización de Rusia será cada vez más intenso.

En su tiempo la Iglesia estaba organizada en siete diócesis. Cinco de ellas, situadas en Ucrania: Kiev, Vladimir-Volynski, Turov, Cheinigov y Belgorod; una al norte, en Novgorod, y la séptima al nordeste, en Rostov. De ellas, Kiev se había convertido en metropolitana, estableciendo un acuerdo con Bizancio por el que sus titulares griegos y rusos debían alternarse en la prelatura. El primer metropolitano ruso, elegido en 1051, sería Hilarión, autor del *Sermón sobre la ley y sermón sobre la gracia*, obra que demostraba el importante grado de influencia de la cultura bizantina, adaptada a la lengua eslava. La política de construcciones al estilo bizantino quedó igualmente reflejada en las catedrales de Kiev (1037) y Novgorod (1045), iglesias que fueron consagradas bajo la advocación de Santa Sofía, imitando a su modelo de Constantinopla. Este gran príncipe se preocupó también de fundar monasterios, entre los que destacamos el de las Cuevas. Asimismo, impulsó la educación promoviendo la traducción de obras griegas al eslavo. A él se le atribuyen dos importantes obras de carácter jurídico: la denominada *Ordenación eclesiástica* y *Russkaia Pravda*, primer código de derecho ruso, elaborado bajo la atenta mirada de expertos bizantinos. De forma que, a nivel religioso y cultural, Rusia se iba preparando para asumir su papel de heredera del Imperio bizantino.

La conexión con los griegos no significó rechazo hacia Occidente, al menos así se constata hasta bien avanzado el siglo XII. Es más, Yaroslav demostró, con su política matrimonial, su enorme interés hacia los Estados occidentales y sentó las bases para que dichos contactos fueran más estrechos. La muerte de este gran príncipe, en 1054, puso fin a la fase de esplendor del Estado de Kiev, iniciándose su decadencia y desintegración posterior. Teóricamente, la primacía de Kiev continuó y el poder siguió concentrado en la familia de Yaroslav, pero en realidad Kiev fue perdiendo significado y el poder llegó a estar tan dividido que desembocaría en interminables luchas internas. A la vez, en este período de crisis, que concluirá con la irrupción mongola de 1223, se produjo la progresión del norte en torno a Novgorod, mientras que, inversamente, Kiev fue perdiendo importancia.

A principios del siglo XII Vladimir II Monómaco (1113-1125) inició una fase de restauración. Con él, el Estado ruso volverá a recuperar su antiguo prestigio hacia el exterior, e internamente unificará sus fuerzas. Como reflejo de esta fase de recuperación se escribe la *Instrucción*, una obra que se le atribuye. En ella ocupa un lugar destacado la *Educación de Monómaco*, especie de *Espejo de Prínci-*

pes para su hijo, en el que se recogen todos los deberes de un verdadero monarca cristiano. El prestigio alcanzado por Kiev en este tiempo continuó bajo su hijo Metislav (1125-1132), pero a su muerte se desencadenó una nueva lucha que presagiaba su pronta decadencia. El predominio de Kiev concluyó a mediados del siglo XII y aunque continuó siendo sede del metropolitano y conservó la tradición religiosa, aglutinadora de la conciencia colectiva, en el terreno político nunca volvió a constituirse en el gran Estado del pasado. La conquista de Constantinopla por los occidentales de la cuarta cruzada (1204) y la aparición de los patriarcados latinos en torno al Bósforo profundizaron la separación en las relaciones económicas y eclesiásticas con los griegos. Entonces, el centro de gravedad se desplazó hacia otras regiones situadas al amparo de los poderosos dueños de la estepa. Los nuevos centros de poder surgieron en el norte y en el sudeste.

Al nordeste de Kiev, entre el alto Volga y el Oka, en un territorio primitivamente de colonización finesa, habían surgido plazas fuertes como Rostov, Suzdal, Pereiaslav, Vladimir, Murom, Yaroslav... De todas ellas, la ciudad de Vladimir, bajo el reinado de Yuri Dolgoruki, se convirtió en el centro político. Este último gobernante amplió sus dominios, aseguró sus fronteras frente a los búlgaros del Volga y emprendió la fundación o reactivación de nuevos núcleos urbanos. Entre éstos hay que mencionar Moscú, cuyo nombre aparece citado por vez primera en 1147 como una pequeña fortaleza próxima a Suzdal. Más adelante, Moscú sería la base de la formación del segundo Estado ruso o la Rusia de Moscú.

En el sudoeste nacieron dos nuevos centros de gravedad: Volinia, en torno a la ciudad de Vladimir-Volynski, que durante mucho tiempo había estado bajo la soberanía de Kiev, y Galitzia, más al sur. Ambas se fusionaron en época de Román Mestislavich (1172-1205). Bajo el gobierno de su hijo, Daniel Romanovich (1235-1265), se produjo un acercamiento a Roma y éste fue coronado rey por un legado papal. Daniel, en 1253, intentó organizar una cruzada contra los mongoles, para lo que solicitó una ayuda del Pontífice. Éste colaboraría en el empeño a cambio de aceptar la unión de su Iglesia con la occidental. Mas como el proyecto resultó estéril, Romanovich tuvo que romper con el Papado. Sin embargo, después de su muerte, las relaciones políticas y económicas con húngaros, polacos y lituanos hicieron que el país se orientase decididamente hacia Occidente.

Por otro lado, de entre los muchos territorios soberanos que surgieron tras la decadencia de Kiev, junto a Suzdal-Vladimir o Galit-

zia-Volinia, destacó Novgorod, situado al noroeste, profundamente influenciado por la presencia de elementos germánicos. Tradicionalmente, Novgorod había dependido de Kiev y había estado integrada en los dominios de Suzdal-Vladimir, pero a partir de mediados del siglo XIII, con la figura de Alexander Nevski (1236-1263), adquirió su propia relevancia. Alexander hizo frente a la presión nórdica y alemana. Detuvo a los suecos a orillas del río Neva en 1240 y derrotó, en 1242, a los caballeros teutónicos en la batalla del lago Peipus, victorias que determinarían la continuidad de este Estado como espacio ruso y ortodoxo. En su tiempo se produjo la invasión mongola. Con realismo, pensó que no existía ninguna posibilidad de expulsarlos, por ello hizo todo lo posible para evitar levantamientos contra los nuevos dueños y estableció una política de sumisión y conciliación, que no le impidió incorporar a su radio de acción los territorios de Suzdal-Vladimir. Precisamente el menor de sus hijos, Daniel Alexandrovich, hacia 1280 y culminando la trayectoria, se convertiría en el primer príncipe de Moscú.

En la etapa que siguió a la muerte de Nevski, Rusia se caracterizó por la desintegración. Los príncipes, presididos por la soberanía mongola y enfrentados unos a otros, aumentaron la confusión y perpetuaron la debilidad del país.

2. BIZANCIO Y EL CISMA

Después del concilio de Constantinopla de 879-880, donde Focio fue rehabilitado, los acuerdos entre Roma y Constantinopla para llegar a un compromiso fueron sinceros y la reconciliación pudo llevarse a efecto evitando, por ambas partes, las cuestiones más espinosas que pudieran obstaculizar el acercamiento. Con el pontífice Juan IX, el cisma de Focio fue superado. Pero dicha cuestión, aunque breve, tuvo serias consecuencias a largo plazo, especialmente porque se insistió en exceso en las diferencias que separaban a ambas cristiandades. Además se unieron otros problemas, como la cuestión de la tetragamia de León VI, y la eterna polémica en lo referente al Imperio «romano». En este sentido es muy gráfica la afirmación de M. Michel: «Las tendencias cismáticas de la nueva Roma constituyen un barómetro para medir el influjo alemán en la antigua». De forma que la herida del siglo IX se cerró en falso y en el momento propicio se abrirá con tal gravedad, que será imposible el entendimiento.

2.1. Miguel Cerulario y la ruptura con Roma

El tiempo oportuno llegó a mediados del siglo XI, cuando gobernaban el Imperio bizantino los últimos monarcas de la dinastía macedónica. Éstos perdieron sus posesiones italianas a manos de los normandos, no pudieron oponerse a la presencia de los turcos selyúcidas en la península de Anatolia y presenciaron el cisma definitivo entre Roma y Constantinopla. Al emperador Constantino IX Monómaco se le atribuye la responsabilidad de lo sucedido en Italia, pero no se puede hacer lo mismo en la cuestión religiosa o eclesiástica.

Protagonista de primer orden en ese acontecimiento fue el patriarca de Constantinopla Miguel Cerulario (1043-1058). Un personaje dominante, que en su juventud había tenido aspiraciones al trono imperial y que, una vez dentro del estamento eclesiástico, ejerció cierta influencia en el mundo de la política. De manera que entrenado en estas lides, será un experto en conjugar el elemento eclesiástico y el político. Nombrado patriarca, rechazó frontalmente la superioridad romana sobre su sede y sobre las demás iglesias y, aprovechando la derrota papal en la Italia sur ante los normandos, publicó un tratado, *Contra los francos...*, en el que denunciaba algunas prácticas litúrgicas romanas, como lo relativo a la obligatoriedad del celibato eclesiástico, el uso del pan ácimo en la eucaristía, el ayuno del sábado... o cuestiones de orden teológico, como la introducción del *Filioque* en el credo niceno. De la teoría se pasó a la práctica, y por orden suya fueron cerradas todas las iglesias latinas de su sede episcopal y exigió, además, que la iglesia de Roma abandonara todos los ritos que desaprobaba la iglesia griega. La respuesta de Roma, rápida y contundente, se hizo a través del cardenal Humberto de Moyenmoutier, que escribió *Contra las calumnias de los griegos...*, rechazando todas las acusaciones.

Para solucionar las diferencias, en el año 1054 el papa León IX, estando prisionero de los normandos, envió una delegación a Constantinopla, encabezada por dos cardenales intransigentes: Humberto y Federico de Lorena. Este último ocuparía más tarde la cátedra de Pedro con el nombre de Esteban IX. Las dos legaciones se quejaron del trato recibido de la parte contraria y, aunque el emperador bizantino quiso mediar entre los contendientes, ninguno quiso ceder en la negociación. Ésta quedó rota el 16 de julio, cuando el cardenal Humberto depositó, en un acto solemne, una bula de excomunión en el altar mayor de la iglesia de Santa Sofía de Constantino-

pla contra Cerulario y sus partidarios. En dicha bula se lanzó el anatema contra el «pseudopatriarca, el arzobispo de Ochrida y otros eclesiásticos acusándolos de simoníacos, arrianos, nicolaítas, severianos...». El anatema, además de condenar expresamente la doctrina griega sobre la procedencia del Espíritu Santo, iba asimismo contra usos y costumbres legítimos de la iglesia oriental. En contestación al texto del cardenal, el 24 de julio, el patriarca reunió un sínodo. Éste interpretó que la bula de excomunión alcanzaba a toda la iglesia ortodoxa, y ésta hizo lo propio contra los legados y sus acompañantes. La ruptura se había consumado, aunque en esa fecha no se tuviera conciencia de que iba a ser definitiva. Es más, por mucho tiempo, el pueblo no tuvo en absoluto noticias del cisma, siendo muy significativo el silencio que las fuentes griegas guardaron sobre él.

2.2. *Los fallidos intentos de volver a la unidad.* *El II concilio de Lyon*

Después de 1054, Bizancio hizo varios intentos de establecer la paz con Roma. Un acercamiento casi obligado por la necesidad de cubrir su retaguardia en Occidente para así poder dedicar todas sus energías a luchar contra Oriente, especialmente tras el desastre de Mantzikert (1071), la gran derrota bizantina ante los selyúcidas.

En 1094, por iniciativa de Alejo I Comneno, el Imperio dio un paso de acercamiento a Roma. Esta tentativa de llegar a un acuerdo con ella se repetiría con otros miembros de dinastía comnena, e incluso se llegaría a establecer una especie de condicionamiento entre la ayuda político-militar de Occidente y la unión eclesiástica. Efectivamente el emperador convocó un concilio e invitó a los latinos a resolver las diferencias. Al mismo tiempo solicitó su ayuda para luchar contra los turcos. En este sínodo se consideró el intercambio de excomuniones entre Cerulario y el cardenal Humberto un asunto exclusivamente personal, sin consecuencias para las dos iglesias, y aunque no hubo acuerdos de tipo dogmático, litúrgico o canónico, se estableció la mutua tolerancia. En los encuentros preliminares, efectuados en Piacenza, los enviados bizantinos llamaron la atención sobre el peligro que los turcos representaban para toda la cristianidad. Un aviso que tuvo mayor acogida de la que se podía esperar en el papa Urbano II, quien convocó el concilio de Clermont y organizó la primera cruzada contra el islam, a la que seguirían otras más. El resultado a largo plazo de estas acciones bélicas de Occidente, que debieran haber ayudado a la paz, sería fatal para Bizancio y des-

de luego no produjo el deseado acercamiento entre ambas iglesias; al contrario, ahondaron aún más su separación.

Con Manuel I Comneno (1143-1180) se produjo una nueva aproximación, impulsada por el deseo imperial de reconquistar el sur de Italia. La alianza con el pontífice Adriano IV para expulsar a los normandos de Italia no obtuvo el fin esperado. La acción de Guillermo de Sicilia frustraría sus planes de forma definitiva. Por tanto, en el siglo XII se produjeron momentos de distensión entre griegos y latinos, a veces hubo sinceros debates en busca de la verdad —Nicetas de Nicomedia y Anselmo de Havelberg—, e incluso se ejerció, por parte de Bizancio, una gran influencia intelectual y artística en el «renacimiento del siglo XII» occidental, pero la cuarta cruzada destruiría los escasos logros y potenciaría el odio existente.

En los últimos años de la dinastía comnena hubo durísimos enfrentamientos entre griegos y latinos, como preludio a los horrores de 1204. Las consecuencias de la toma de Constantinopla por los cruzados y la desmembración del Imperio serían hechos catastróficos que acelerarían la descomposición política, económica y social de Bizancio. Éste se deshizo en varios Estados: el Imperio latino de Constantinopla y los griegos de Nicea, Trebisonda, Epiro y Tesalónica. En todos ellos, aunque no pudieran unirse por rivalidad, surgirá un mismo sentimiento, donde lo griego será sinónimo de ortodoxo, y lo franco, de papal.

En 1261 Constantinopla volvió a ser griega y el Imperio a ser regido por una dinastía bizantina: la paleóloga. Miguel VIII, su iniciador, se acercó a Roma en 1263, con nuevas ofertas de unidad. Gregorio X, deseoso de recobrar Jerusalén, y necesitando para ello al *basileus*, convocó un concilio general: el II de Lyon, que, por su trascendencia, es obligado recordar en diversos apartados del presente volumen. Para aproximar posturas se fijaron tres puntos como objetivos: apoyo a los cristianos de Tierra Santa, unión con los griegos y reforma de las costumbres. El 29 de junio de 1274, en Lyon, se hizo pública la unión de las dos iglesias, y el 6 de julio era promulgada solemnemente. Sin embargo dicha unidad no fue más que una breve ilusión, que terminó en un amargo fracaso. En 1276 moría Gregorio X, y sus sucesores no tuvieron el más mínimo interés en hacer prosperar estas relaciones. Al contrario, actuaron de forma intransigente, comprometiendo la frágil unión, especialmente cuando algunos pontífices cedieron ante las pretensiones de Carlos de Anjou de conquistar Bizancio.

Para atajar este peligro, en 1277 Miguel VIII quiso fortalecer la unión, proclamando en una importante ceremonia la paz firmada en Lyón, reconociendo en público la primacía romana. Fue inútil: las instrucciones papales se endurecieron y exigieron a los griegos una sumisión total, que exasperó justamente a la iglesia oriental. Bajo Martín IV, en 1281, sin motivo razonable, el Paleólogo fue excomulgado, eliminando toda esperanza de acuerdo. Al año siguiente Miguel VIII murió y el primer gesto de su sucesor, Andrónico I, fue renegar de la política unionista de su padre. Así quedó rota la unión de griegos y latinos, y parte de la obra de Gregorio X y del II concilio de Lyón. No así los intereses del emperador bizantino, que, como afirma el historiador Paquimero, no eran de tipo teológico o espiritual, sino simplemente defensivos: quitar pretextos a sus tradicionales enemigos, sicilianos y venecianos, de volver a atacar Constantinopla.

2.3. *Los elementos de la cultura bizantina en la plenitud del Medievo*

El período que transcurre entre los siglos XI y XII se caracterizó, primero, por la continuidad de la época anterior, después, por el resurgimiento, la brillantez y la originalidad en las creaciones filosóficas, literarias, artísticas... Bizancio, en el pensamiento, se inspiró siempre en las ideas clásicas y, en el arte, aprendió que su misión era dar gloria a Dios y al emperador. Como forma de expresión eligió especialmente la historia y, junto a ella, otras materias como la filosofía, la teología, etc. Abanderando el mundo cultural e intelectual de esta etapa, brilló con luz propia la figura de Miguel Psellos, que realizó una obra extensísima en variadas materias, siendo su título más conocido la *Chronographia*. Con él, grandes genios del siglo XI fueron Xifilinos, Nicetas el Gramático y otros.

La historia, todavía muy literaria y poco rigurosa, supo despertar un amplio interés entre los bizantinos. Destacaron como figuras excepcionales: Miguel Psellos y Miguel Atalates en el siglo XI, Nicéforo Brieno y su esposa Ana Comneno —autora de la *Alexiada*—, Juan Cinnamo, Juan Zonaras y Nicetas Coniates, el más grande de todos los historiadores del XII, y Acropolites y Paquimero en el XIII. La teología, bajo la dirección de la Iglesia, había sido muy superior a la de Occidente por su preocupación por la ortodoxia y el dogma. Precisamente por esa obstinación contra la herejía, ahora no ofreció muchas novedades. Se distinguieron como teólogos: Psellos, Euti-

mio Zigabeno, Eustacio de Tesalónica y Miguel Acominato. De ellos, Zigabeno, un convencido antibogomiliano, fue quien hizo florecer de nuevo estos estudios en época comnena. En filosofía, también tema favorito de los bizantinos, continuaron profundizando en Aristóteles y Platón. Es más, hubo un gran renacimiento del platonismo, especialmente a través de la dirección de Psellos y de su discípulo Juan Italos. En el siglo siguiente otro gran filósofo fue Miguel Acomiato, gran estudioso del estoicismo. En literatura, Bizancio produjo pocas creaciones inmortales; no obstante, contó con una larga lista de escritores. Unos pocos hicieron hincapié en el griego clásico, pero casi todos cultivaron el género epistolar. Asimismo, a partir del siglo XI nació una literatura en griego vulgar, dando origen al poema épico bizantino por excelencia: *Digenis Akritas*, un anónimo de brillantes descripciones y agudas sutilezas psicológicas. Otros autores, como Teodoro Pródromos o Juan Mauropos, el creador de una famosa escuela privada en Constantinopla, cultivaron otros aspectos del género poético. Por tanto, respecto a las letras, los bizantinos fueron grandes conservadores de la tradición clásica, de la filosofía, de la curiosidad y de la especulación, y fueron también magníficos creadores de poesía religiosa o himnica y de un gran poema épico popular. Finalmente, en otras ramas del saber como las matemáticas, la geografía, etc., no superaron el conocimiento de los antiguos griegos. Igualmente en medicina, que aunque fue una materia que interesó profundamente, en teoría no experimentó ningún progreso desde Hipócrates, si bien fue admirable el sentido práctico y eficiente que desarrollaron en esta actividad.

Por lo que respecta al arte bizantino, reflejo perfecto de la síntesis de su civilización, continuó siendo figurativo, impersonal, simbólico, no estrictamente religioso, ni tampoco sencillo, pero sí capaz de promover emociones directas e intensas... y, sobre todo, continuó siendo original. También el arte tuvo en la época macedónica su culminación y, en la de los Comneno, su continuación. La arquitectura religiosa siguió teniendo gran interés y el modelo de iglesia de planta en cruz griega alcanzó su máxima evolución. En ésta se había ido imponiendo un esquema decorativo muy rígido, donde el contenido de la ortodoxia se representaba en imágenes. Esta iconografía permitía leer la iglesia: la Virgen debía ocupar el ábside, Cristo Pantocrátor, la cúpula central, e igualmente los grandes episodios de la vida de Jesús —las doce fiestas litúrgicas (*dodecaorton*)— y la *deesis* o plegaria, las naves. Las principales manifestaciones de estas iglesias fueron las de los monasterios, como la de Hosios Lucas en la Fóci-

da, Santa Sofía de Monemvasiá, o la de la Gran Lavra del monte Athos.

Las artes del mosaico y de la pintura mural también se recuperaron, tal como quedó reflejado en las obras de las iglesias citadas anteriormente. En el siglo XI el arte monumental bizantino se volvió esencialmente teológico. En cambio la escultura, por influencia de la Iglesia, decaería, siendo ocupado su lugar por los marfiles. Estos, junto a la orfebrería y los esmaltes, pasaron a tener un mayor desarrollo.

3. TIERRA SANTA Y EL PAPEL DE LAS CRUZADAS

En la segunda mitad del siglo XI se produjo en Occidente una etapa de renovación, tanto en el ámbito socio-económico como en el espiritual. Esta recuperación contrastaba enormemente con la crisis que por entonces afectaba al Cercano Oriente, tanto al Imperio bizantino como a la civilización islámica. La iglesia de Roma, animada por el movimiento cluniacense y por la buena marcha de la reforma gregoriana, creyó oportuno abordar el tema de los enfrentamientos con la iglesia oriental, viendo en la idea de cruzada el medio más idóneo para poner punto final a ese grave problema.

En lo material, las cruzadas fueron un acontecimiento clave de las ansias expansivas de la Europa occidental, que se renovó de forma considerable. En lo espiritual, las cruzadas hicieron que la cristiandad latina adquiriese una conciencia de unidad y, asimismo, favoreciese los contactos entre Oriente y Occidente. Con todo, la ruptura de comunión no se subsanó y las continuas divergencias y enfrentamientos entre ambas partes hicieron cada día más difícil los intentos de reconciliación. Es más, a largo plazo, las cruzadas dieron al cisma mayor importancia y significación de la que había tenido en un principio.

3.1. *La ideología y la mentalidad de cruzada*

La historiografía en general ha observado desde múltiples perspectivas el hecho de las cruzadas y, muy especialmente, las causas que las provocaron. Algunas de las circunstancias que las rodearon, tanto espirituales como materiales, han sido objeto de vivos debates a lo largo de todo el pasado siglo. De extraordinaria importancia han sido las reflexiones sobre los fundamentos ideológicos y espirituales

de las cruzadas acometidas por especialistas franceses considerados ya clásicos como P. Rousset, M. Villey o J. Richard. Asimismo, valiosas síntesis han intentado ofrecer visiones globales del fenómeno, ya sea la obra individual de S. Runciman, la colectiva de K. M. Setton, como más recientemente los distintos aportes de J. Riley-Smith. Es evidente que el hecho cruzadista tiene una enorme complejidad que sus numerosos especialistas han tratado de desentrañar. En líneas generales cabría hablar de tres enfoques (no forzosamente aislados entre sí) en función de los factores sobre los cuales más énfasis se ponga: ya sean éstos político-institucionales, ya sean sociológico-mentales, ya sean económicos. Los historiadores ubicados en la primera de las tendencias han destacado (caso de D. M. Munro) el impulso dado por unos papas que marcaron ambiciosos objetivos colectivos a la sociedad europea. En ese contexto —que es asimismo el de la gran reforma eclesiástica iniciada en el siglo XI— se sitúa la propia evolución de un concepto: el de guerra santa, cuyo estudio abordó hace años C. Erdmann y sobre el que recientemente ha insistido J. Flori. En el nivel de los componentes sociológicos y mentales, es de destacar el relevante papel del elemento popular en ese movimiento. Una cuestión con unas connotaciones a veces subversivas que se estudiarán en otro capítulo de este libro.

La cruzada es inseparable de un hecho: la peregrinación como forma característica de la piedad de las masas. Así se ha destacado por distintos autores, desde H. E. Meyer, que lo ha abordado desde la globalidad del hecho cruzadista, a A. Dupront, consumado investigador de las mentalidades colectivas.

Desde una óptica estrictamente economicista, la cruzada habría sido tanto expresión de una primera experiencia colonial europea (vieja tesis de R. Grousset) como hecho concomitante al impulso mercantil de un Occidente hasta entonces replegado en sí mismo. Los trabajos de R. S. López han sido ilustrativos a este respecto. La cruzada como canalizadora de unos excedentes de población europea en franca expansión demográfica es otra de las hipótesis sugerentes, objeto de cuestionamiento por autores como J. Le Goff.

Las cruzadas, como expediciones para recuperar los santos lugares, constituyen, por encima de todo, una de las más típicas expresiones del dinamismo de la cristiandad europea. Ese espíritu «liberacionista» puesto en marcha por Urbano II en el concilio de Clermont de 1095 fue esencial para impulsar la empresa. La llegada de los occidentales a Oriente tuvo lugar en un momento de dificultades del Imperio bizantino, forzado a solicitar ayuda de los latinos para re-

cuperar aquellos territorios perdidos ante un islam recientemente remozado: el de los turcos selyúcidas. La ayuda nació con graves hipotecas, como se vio en la desconfianza mutua que produjo el directo contacto entre las dos cristiandades. Una desconfianza que ya había tenido fatales consecuencias con el pasado cisma de Focio y el más reciente de Miguel Cerulario. En efecto, los occidentales no se mostraron como meros y sumisos colaboradores de los bizantinos. Una vez en Tierra Santa crearon sus propios Estados en viejas tierras que se suponían legítima propiedad de los emperadores de Constantinopla. Ahora bien, las relaciones entre bizantinos y latinos no siempre fueron hostiles. Tras unos primeros roces y una vez que el Imperio consiguió su principal objetivo —recuperación de la franja costera de Asia Menor—, aquél mantuvo un *modus vivendi* con los occidentales instalados en el litoral sirio-palestino. Esta atmósfera se rompería con la violenta actuación de los latinos en la «desviación» de la cuarta cruzada de 1204 contra Constantinopla. En ese momento estallaron viejas tensiones acumuladas en las que se concitaron la agresividad comercial de las ciudades-república italianas, las ambiciones de los caballeros occidentales y las pretensiones de la iglesia romana para imponerse en áreas sobre las que hasta entonces había tenido limitada influencia.

En el restablecimiento y expansión de la autoridad pontificia a lo largo del siglo XI está, en efecto, una de las claves de la puesta en marcha de la cruzada. El papa se situaba al frente de la primera gran operación colectiva de los occidentales: de cara al interior, buscando la paz entre los caballeros cristianos (incidencia del movimiento de paz y tregua de Dios); hacia el exterior, impulsando la guerra contra los enemigos de la fe. La cruzada fue presentada, así, en el contexto de un vasto movimiento de catarsis espiritual: al perdón de los pecados se podía acceder merced a la penitencia tradicional, pero también a través de la lucha armada contra el infiel, considerada como servicio colectivo a la cristiandad.

Una forma especial de penitencia lo constituía la peregrinación (cuestión sobre la que se volverá más adelante), que adquiere tanto un sentido físico como místico. El cristiano era un forastero en este mundo, un peregrino en busca de su verdadera patria definida en términos de vida eterna, cielo, Jerusalén celeste. La vida terrenal era solamente un paso, un camino para alcanzar la verdadera vida. Alcanzar la Jerusalén terrestre explicitaba la recompensa anticipada que se iba a obtener en el más allá. La religiosidad de esta época se manifestaba así muy favorable a la conquista de los escenarios de

la vida y muerte de Cristo. Visitarlos era uno de los medios penitenciales propuestos por la Iglesia para obtener misericordia y lograr la salvación. Cumplir la penitencia peregrinando y, a ser posible, conquistando los Santos Lugares era la mejor forma de saldar las penas impuestas por los pecados, de ganar la indulgencia de Dios. La cruzada, así, militariza el ideal peregrinatorio convertido en *transitum ultramarinum*. El Pontificado encontró asimismo en el hecho cruzadista un medio para dignificar el oficio de las armas, dado que su uso se enfocaba a la recuperación de la Ciudad Santa. Los peregrinos, bajo el signo de la cruz, tomaban como objetivo Jerusalén para devolverla a su legítimo dueño, el pueblo cristiano, convertido en nuevo —y verdadero— Israel.

Al concepto de «guerra justa» de cuño agustiniano se unía el de «guerra santa». Se ha podido así afirmar que el Papado vio en la cruzada no sólo un medio eficaz para enviar socorros a las acosadas cristiandades orientales sino también un instrumento para cauterizar las luchas fratricidas mantenidas por los caballeros en Occidente. Se daba así un nuevo marco para la guerra en la que la recuperación de un bien perdido —los Santos Lugares— daba pie a la justicia y santidad de una operación armada definida también como *Iter Hierosolymitanum*, el camino (la peregrinación) hacia Jerusalén. El cruzado hacía un voto semejante al del peregrino. Tomaba la cruz, símbolo en principio sacrificial, para alcanzar la gloria, la santificación. El cruzado encontraba la vida (eterna) a través de su inmólación en la guerra: morir en la cruzada era sinónimo de martirio, la muerte por excelencia de los elegidos.

Para favorecer la organización de las expediciones y el posterior mantenimiento de los territorios conquistados la Iglesia ofrecía a los expedicionarios ciertas ventajas de índole espiritual, objeto de especial aprecio, cual eran las indulgencias. Algo que a lo largo del siglo XI se fue haciendo familiar en la mecánica penitencial y que, en puridad teológica, se definía como el perdón de la pena temporal a satisfacer por los pecados ya perdonados. Su sentido plenario se alcanzará precisamente con la cruzada.

Las ventajas espirituales para impulsar el movimiento cruzadista convivieron con los señuelos materiales. Ciertos sectores históricos —tanto del mundo islámico como del occidental— han presentado el fenómeno como una vasta operación de pillaje que provocó una reacción del mundo islámico en el que se reavivó el espíritu de *Yihad*. La cruzada habría supuesto así no sólo una reapertura comercial del Mediterráneo para los latinos sino también la res-

puesta a ese «hambre de tierras» en momento de expansión demográfica que incitaba a tomar el camino hacia Jerusalén. Algo que, desde una óptica muy idealizada, se presentaba por los mentores del Occidente como la nueva marcha hacia la tierra de promisión emprendida por ese pueblo elegido que eran los *francos*, los occidentales en un sentido genérico. Que las cruzadas se saldaran con un fracaso no nos debe hacer olvidar que bajo ese vocablo acabará por encerrarse, como recuerda A. Dupront, cualquier pulsión emocional de carácter colectivo.

3.2. *La organización eclesiástica del Próximo Oriente bajo la ocupación latina. Las órdenes militares*

La ocupación de la ciudad de Jerusalén en 1099 significó la culminación del objetivo principal que la Iglesia se había propuesto en la primera cruzada. Ahora bien, una vez logrado dicho objetivo, intereses contrapuestos dificultaron el entendimiento entre los jefes expedicionarios y las autoridades eclesiásticas. Estas últimas pretendieron crear, en torno a la Ciudad Santa, un Estado exclusivamente religioso bajo el gobierno de un patriarca.

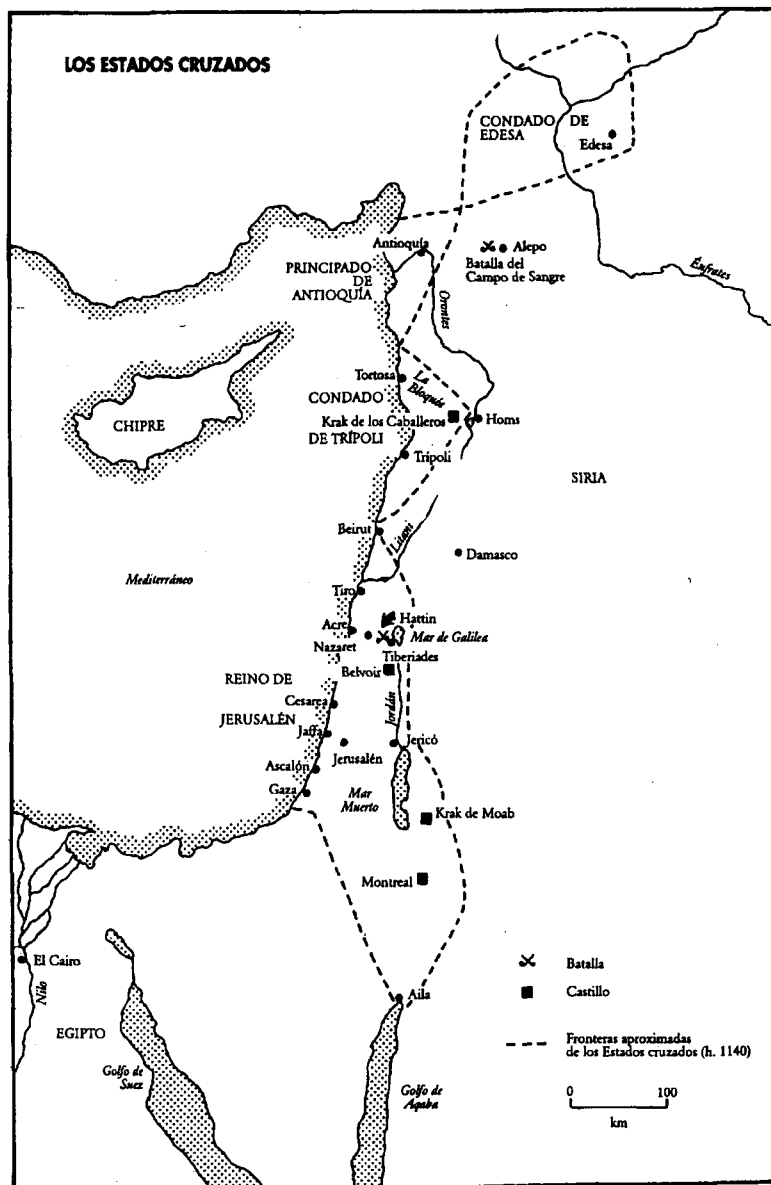
Para desempeñar el cargo fue nombrado Daimberto, hasta entonces arzobispo de Pisa y legado papal, tenaz defensor de la postura oficial de la Iglesia, que encabezaba el nuevo pontífice Pascual II. Éste propuso que, por ser la Iglesia la impulsora de la gran hazaña, debería recibir en justa recompensa lo conquistado. Pero como los jefes militares también deseaban controlar Jerusalén, se estuvo a punto de llegar al enfrentamiento entre ambas facciones. Algo que no ocurrió porque, como vía conciliatoria, se acordó entregar oficialmente la ciudad al patriarca y elegir entre los grandes señores al más capacitado para el ejercicio del poder. La designación recayó en Godofredo de Bouillón con el sofisticado título de *Defensor del santo Sepulcro*. Poco tiempo después quedaría de manifiesto que los caudillos cruzados no deseaban la mediación papal a la hora de solucionar sus problemas, y, tras la muerte de Godofredo, tomó el mando su hermano Balduino de Bolonia, que, con el título de rey, gobernaría Jerusalén entre 1100 y 1118. Este monarca dio una organización más homogénea a estos territorios y fue más tajante todavía a la hora de frenar las aspiraciones de los eclesiásticos.

Una vez instalados en Jerusalén, los cruzados prosiguieron su avance por territorios de Siria y Palestina, apoderándose de las ciudades de Haifa, Cesarea, Acre, Trípoli, Sidón, Beirut, Tiro..., que se

sumaron a las anteriores conquistas de Nicea, Antioquía... Estos grandes éxitos militares determinaron el establecimiento de cuatro importantes Estados latinos en Oriente: al norte, el principado de Antioquía y los condados de Edesa y de Trípoli; al sur, el reino de Jerusalén. Y, como había sucedido en este último, cada uno de los otros tres fue atribuido a los jefes más notables: Bohemundo de Tarento, Balduino de Bolonia y Raimundo de Saint-Gilles, conde de Toulouse. Todos estos Estados latinos en Tierra Santa tuvieron como rasgo sobresaliente una gran inestabilidad, debida a la aparición de luchas internas y a los incesantes ataques musulmanes, por lo que muy pronto se derrumbaría la estructura occidental allí creada.

Una vez efectuado el reparto entre los señores y los caballeros, se impuso el sistema político feudal y los mecanismos institucionales de fragmentación y jerarquización que conocían. Es decir, transplantaron el sistema de los occidentales, aunque con una serie de matices propios, surgidos de la adaptación a Oriente. El resultado fue el desarrollo de un sistema más puro o más perfecto que el que existía en la mayoría de los países de la vieja Europa. El reino de Jerusalén se consideró el primero, pero sin ejercicio jurisdiccional alguno sobre los demás. Los tres más pequeños reconocieron su supremacía y rindieron homenaje al rey de Jerusalén, pero sin que ello fuese obstáculo para que mantuvieran su plena independencia. Tampoco fue impedimento el hecho de que los reyes de Jerusalén, al subir al trono, prestaran homenaje al papa. Una acción con la que dichos soberanos obtenían grandes ventajas, ya que el pontífice era la única fuerza capaz de proporcionar hombres y ayuda material a su pequeño Estado.

Esta participación directa de la iglesia de Roma sirvió para que buena parte de lo conquistado pasara a su poder, creándose grandes dominios eclesiásticos que se entregaron a sus respectivas autoridades. En el reino de Jerusalén, además del patriarcado, se crearon cuatro arzobispados, nueve obispados, cinco priorazgos y nueve abadías mitradas. En el principado de Antioquía también se nombró otro patriarca con jurisdicción sobre su territorio y sobre el de los condados de Edesa y Trípoli. Todos ellos se dotaron con los dominios que habían pertenecido con anterioridad a los patriarcados de Jerusalén y Antioquía. Así, la nueva jerarquía latina pudo equipararse en poder a los grandes señores feudales y formar parte de los poderosos. En este sentido, destacaron los del patriarca de Jerusalén, los del arzobispo de Nazaret, los de la iglesia del Santo Sepulcro... Una iglesia muy rica, porque, además de los bienes de los que aquí



Los Estados latinos en Tierra Santa.

Fuente: A. MacKay y D. Ditchburn (eds.), *Atlas de Europa Medieval*, Cátedra, Madrid, 1997, p. 105.

disfrutaba, contaba con el potencial económico de las rentas de sus posesiones en Europa. Rentas procedentes de las donaciones que los particulares entregaban continuamente a la iglesia de Tierra Santa. La idea de su riqueza nos la proporcionan las contribuciones que en hombres debían efectuar los titulares de estos señoríos eclesiásticos (arzobispos, obispos, abades...), pues, al igual que los nobiliarios, tenían obligaciones militares. Así, el patriarca de Jerusalén debía contribuir a la defensa militar del reino con 500 guerreros, el obispo de Belén con 200, los arzobispos de Nazaret, Tiro o Cesarea con 150 cada uno. También debían hacerlo ciertas abadías como la del monte Sión, que aportaría 150, o la del monte Tabor, 100. Cifras muy considerables que señalan la importancia del estamento eclesiástico, a la hora de aportar soldados, en relación a la proporcionalidad de sus bienes territoriales. Además de esta contribución, merecen una atención especial los clérigos, pues desde el principio pudieron ser cruzados, al disponer de la autorización de un superior para tomar la espada. De forma que durante el tiempo de las cruzadas la Iglesia asumirá el doble papel de tomar bajo su protección los bienes de los cruzados, que serán a partir de entonces inviolables, y, por otro lado, participará activamente en las expediciones por medio de prelados o del bajo clero. La presencia de clérigos entre los cruzados acentuó el carácter religioso de las expediciones, siendo muy probable que su número fuera bastante elevado. Sin embargo, antes de finalizar el siglo XII su número fue decreciendo. Fueron eclipsados por el éxito de las órdenes militares, que alcanzarán mayor relevancia que el clero en estos territorios.

Poco después de iniciada la primera cruzada, se crearon dos órdenes: la de los Templarios (1118) y la de los Caballeros Hospitalarios de San Juan (1120). A ellas se uniría más tarde la de los Teutónicos (1198). El Papado, que participó activamente en su fundación otorgándoles diversos privilegios, impuso que su dedicación fuera la «defensa de la cristiandad», entendiendo ésta como la lucha contra los musulmanes para conservar y expandir los dominios de los cruzados. Además de las donaciones papales, las órdenes recibieron ricas propiedades de los grandes señores, tanto de Oriente como de Occidente, convirtiéndose en los mayores propietarios de su época, pues de todas partes les llegaban generosas ofrendas. Pero, a medida que crecían, tanto en número —los Templarios a fines del siglo XII, llegaron a ser unos quince mil miembros— como en poder económico, aumentaron sus conflictos con las autoridades eclesiásticas y civiles.

Las órdenes militares fueron un fenómeno peculiar que cubrió una necesidad de la época, al permitir que numerosos caballeros pudieran llevar una vida similar a la de los monjes, obedeciendo una regla común —castidad, pobreza y obediencia— sin abandonar el oficio de las armas, que emplearon en defensa de los intereses europeos en Tierra Santa. Muy pronto se convirtieron en el ejército permanente de los occidentales, situándose en los puntos más estratégicos, más vulnerables, o en los de mayor peligro. Los beneficios militares que proporcionaron eran muchos, pero fueron también causa de graves inconvenientes, como su excesiva independencia con respecto al monarca de Jerusalén, pues sólo reconocieron como señor al papa. Como sus dominios estuvieron exentos de cualquier carga, y además eran voluntarios en la lucha contra los infieles, en muchas ocasiones permanecieron inactivos, siendo muy difícil su control por las autoridades políticas. Aún así, estas organizaciones proporcionaron una continua afluencia de soldados profesionales. Sin ellos, los Estados latinos habrían desaparecido mucho antes.

No obstante esa afluencia de gentes armadas y el apoyo de las flotas de las ciudades de Italia, la presión de los musulmanes sobre los reinos cruzados no cesó, y en 1144 aquellos recuperaron Edesa. Un hecho que tuvo como respuesta la segunda cruzada, abanderada espiritualmente por Bernardo de Claraval y militarmente por Luis VII de Francia y el emperador Conrado III, que sumarían un completo fracaso ante la imposibilidad de conquistar Damasco. Años más tarde, Saladino, reunificando y fortaleciendo a los combatientes islámicos, vencería al ejército cruzado en Hattin (1187), tomando Jerusalén, Jaffa, Beirut, Acre... La llegada de la tercera cruzada palió en parte la catástrofe, puesto que, además de la recuperación de algunas plazas costeras, se obtuvo el compromiso de que los peregrinos pudieran visitar Jerusalén, donde se respetaría el culto cristiano. En el siglo XIII una nueva expedición, impulsada por Inocencio III, derivaría en 1204 en el saqueo de la ciudad de Constantinopla y en la fundación del Imperio latino, bajo el predominio comercial de los venecianos. Este Estado duraría hasta 1261, año en que se produjo la reacción de los Paleólogos, que logran recuperar su independencia. Pero las secuelas de esa acción a largo plazo fueron gravísimas, porque se ocasionaría la ruina de la cristiandad oriental. Más adelante se efectuaron otros intentos cruzados, protagonizados por el emperador Federico II y por Luis IX de Francia, con escasos resultados. En 1291 los mamelucos reconquistan San Juan de Acre, Tiro, Sidón, Beirut... El reino de Jerusalén desaparece, y Chipre, junto

con Rodas, pasan a ser los baluartes de la presencia de los occidentales en el Próximo Oriente.

Para la iglesia romana las consecuencias de las cruzadas fueron decepcionantes, pues no consiguieron la tan ansiada unidad entre la cristiandad latina y griega y, a largo plazo, el distanciamiento entre ambas se hizo más profundo. Es más, la defensa de su posición de superioridad hizo que se ampliara el espectro de la lucha contra los infieles, que, además de los musulmanes, pasaron a ser los cismáticos orientales y, por extensión, los herejes.

4. LAS MISIONES A ORIENTE:

EVANGELIZACIÓN Y ESTRATEGIA POLÍTICA EN EL SIGLO XIII

Las cruzadas permitieron a los occidentales un mejor conocimiento del Próximo Oriente, pero no tuvieron ningún interés en adentrarse hacia el interior de Asia hasta la llegada de los tártaros o mongoles hacia mediados del siglo XIII. Este pueblo de la estepa, mandado por uno de los sucesores de Gengis Khan, tras destruir la Rusia de Kiev y arrasar Hungría y Polonia hacia 1241, fue considerado por la cristiandad europea una terrible amenaza. Este miedo, sin embargo, fue el incentivo que se necesitó para ponerse en contacto con estas gentes y con su tierra.

La primera embajada que se envió al gran khan fue la que impulsó Inocencio IV en el concilio de Lyon, en 1245, por medio de los franciscanos Juan de Pian de Carpino y Esteban de Bohemia. Éstos llevaban el encargo de cumplir dos objetivos. Primero, encontrar el legendario reino cristiano del Preste Juan, del que se esperaba recibir ayuda, y solicitar igualmente colaboración de los tártaros para recobrar los Santos Lugares, de nuevo en poder de los musulmanes. Y, en segundo lugar, realizar una acción misionera entre este pueblo pagano para que pudieran abrazar la fe verdadera. A pesar de las enormes dificultades del viaje, Pian de Carpino llegó hasta la capital de Mongolia, Karakorum, donde pudo entregar al gran khan Guyuk las cartas del Pontífice. Una vez obtenida la correspondiente respuesta, iniciaría el regreso. De sus andanzas y experiencias en los países visitados este franciscano redactó una *Historia de los mongoles*, donde narraba y describía las costumbres de este pueblo. También daba información sobre algunos pequeños grupos de cristianos que encontró diseminados por el interior de Asia. El papa premió los servicios de este fraile nombrándolo arzobispo.

Nuevas embajadas se efectuaron en los años siguientes, algunas auspiciadas por el papa, otras por el rey de Francia, Luis IX. Se pueden citar las que realizaron los dominicos Ascelino y Longjumeau, aunque la más conocida fue la del franciscano Guillermo de Rubruk. Éste, partiendo de Constantinopla en 1253, y siguiendo el itinerario de Pian de Carpino, también llegó a la gran capital mongola. Allí tuvo la oportunidad de organizar un debate religioso con representantes de otras religiones, ante el gran khan, con la esperanza de que apreciaran el anuncio de la Buena Nueva. En la segunda mitad del siglo XIII las legaciones, sobre todo de eclesiásticos, se repitieron y, la mayoría, apenas tuvieron resultados concretos, pero consiguieron crear un clima de acercamiento y esbozar una esperanza de colaboración. Como tiempo atrás, algunos viajeros, por ejemplo Juan de Montecorvino, que llegó a ser arzobispo de Pekín, escribieron relatos de sus recorridos asiáticos, mezclando la fantasía con la información.

Con ser importantes estos objetivos político-religiosos, no fueron los únicos, pues los intereses comerciales también influyeron a la hora de impulsar nuevos contactos. Las especias, las sedas y otros objetos exóticos fueron artículos muy buscados por los mercaderes de Venecia y el principal motivo para que los hermanos Polo llegaran a las estepas del Asia central. A su regreso, de nuevo organizaron otra expedición con el joven Marco Polo, que en 1271 contaba diecisiete años. En este segundo viaje desde San Juan de Acre pasaron por Armenia, Tabriz, atravesaron Persia... y llegaron a Pekín. El gran khan los acogió y ellos colaboraron con él por espacio de década y media, hasta que regresaron a Venecia en 1295. Poco después, Marco dictaría sus recuerdos a un compañero de prisión, que los recogería bajo el título de *Libro de las maravillas*. En él se daba a conocer China, su organización, sus ciudades y riquezas, convirtiéndose en un objetivo de enorme atractivo para los mercaderes de los siglos posteriores.

APÉNDICE DOCUMENTAL

1. Ases y Vanes, dioses de la mitología nórdica

Odín estableció como sacerdotes sacrificadores a Niord y Freyr, y ellos eran los directores del culto de los Ases. La hija de Niord era Freyia. Ella era una

sacerdotisa sacrificadora. Fue la primera en enseñarles a los Ases la práctica llamada [mágica], que era usual entre los Vanes. Cuando Niord vivía entre los Vanes, estuvo emparejado con su propia hermana, ya que esto era legal entre ellos. Sus hijos eran Freyr y Freyia. Pero entre los Ases estaba prohibido emparejarse con este grado de parentesco [...]

Freyr cayó enfermo y, como la enfermedad avanzaba, sus hombres reflexionaron sobre qué conducta seguir. Dejaron que se le acercase poca gente y construyeron un gran túmulo al que pusieron una puerta y tres ventanas. Cuando Freyr murió, llevaron en secreto su cuerpo al túmulo y les dijeron a los suecos que estaba todavía vivo. Allí lo guardaron durante tres días. Todo el dinero de los impuestos lo utilizaron para el túmulo, el oro para una ventana, la plata para la segunda, y las monedas de bronce para la tercera. El período de paz y fertilidad continuó [...] Cuando los suecos se dieron cuenta de que Freyr estaba muerto y que, sin embargo, la paz y las buenas cosechas continuaban, concluyeron que sería así mientras Freyr permaneciese en Suecia, por lo que se negaron a que lo incineraran. Le llamaron *veraldargod* («el dios de las cosas mundanas»), y desde entonces le hacían sacrificios para mantener la paz y las buenas cosechas.

(*Heimskringla*, «El círculo del mundo», recogido por Snorri Sturluson, ed. de R. I. Page, *Mitos nórdicos*, Akal, Madrid, 1990, pp. 27 y 31.)

2. Bautismo de Vladimir, príncipe de Kiev y de su pueblo

¡Qué gran alegría! No son uno ni dos los que se han salvado. El Señor ha dicho: «Hay alegría en los cielos por un pecador que se arrepiente». No son uno ni dos, sino una inmensa multitud la que se ha aproximado a Dios iluminada por el santo bautismo. Como dice el profeta: «Verteré sobre vosotros un agua pura y os veréis purificados de vuestros ídolos y pecados». Y otro profeta dirá: «¿Quién como Dios perdona los pecados, pasa por encima de las injusticias y de buen grado hace misericordia? Él nos convierte, tiene piedad de nosotros y sumerge nuestros pecados en el abismo». El apóstol Pablo dice: «Hermanos, nosotros que hemos sido bautizados en Cristo, es en su muerte en lo que hemos sido bautizados y hemos sido sepultados con él, por el bautismo, en la muerte, a fin de que, como Cristo se ha levantado de entre los muertos por la gloria del Padre, así nosotros también entremos en una vida renovada». Y algo más adelante dice: «Las cosas viejas han pasado, he aquí las nuevas. Ahora nuestra salvación está próxima. La noche ha llegado a su término y el día está próximo» [...] Clamamos al Señor nuestro Dios: «Bendito el Señor que no nos da por presa a sus dientes. El lazo se ha roto y nos vemos libres de las astucias del diablo». «Su memoria ha perecido y el Señor permanece por los siglos alabado por los hijos de Rusia y cantado en su Trinidad. Los demonios son mal-ditos por los creyentes, hombres y mujeres, que han recibido el bautismo y la penitencia por la remisión de los pecados; este nuevo pueblo cristiano elegido de Dios».